



Santa María
madre de Dios

800 AÑOS DE BELENISMO:

Desde Greccio a Tres Cantos, una ciudad a la que faltaban 750 años para llegar a existir

Bienvenidos a nuestra parroquia Santa María Madre de Dios. Gracias por visitarnos y darle sentido a nuestro belén que lo tiene en ser un instrumento para ayudar en tu oración y en la de tu familia en estos días de Navidad.

Te hablo desde la esquina de la izquierda. Sí, soy yo, la figura que parece distinta de las que componen este Belén. Soy... Francisco de Asís. Un monje del siglo XII y XIII, de hace ya mucho tiempo, como puedes ver. Pero que mantiene la misma ilusión de entonces y que hoy se alegra por tu visita para que puedas contemplar el esfuerzo, el cariño y la dedicación de mis amigos los belenistas, los voluntarios que desde el 4 de octubre han estado preparando este regalo para ti, con un regalo majestuoso, lleno de vida, escenas y figuras tras varios años que invitaron a otros más austeros.

¿Y qué hace una figura de alguien que tan mayor hablándote desde tiempos tan remotos? Transmitirte una ilusión, un entusiasmo... y una tradición. Estoy aquí porque se cumplen 800 años de una feliz idea, de una intuición... Todo sucedió en Greccio. Una pequeña localidad del centro de Italia. Entonces eran muy pocas las personas capaces de leer y de poder tener, así, la libertad de comprender las cosas. Y yo, con mis hermanos queríamos, sencillamente, comunicar, transmitir, compartir lo que era importante para nosotros: el sentido de la Navidad.

En aquellos tiempos había muchos juglares y trovadores que recorrían los pueblos y ciudades para contar las aventuras y desventuras, las heroicidades y tragedias de todo lo que ocurría entonces. De reyes y nobles, de batallas y acontecimientos irrepetibles. Seguramente muchas veces algo exageradas pero llenas de belleza y plasticidad. Incluso eran tiempos en los que comenzaron a ponerse de moda pequeñas representaciones teatrales, y a mí me llamaba la atención su capacidad de captar la atención de la gente. Tanto como aquellos primeros retablos que con pinturas y esculturas permitían transmitir un mensaje a todos los que quisieran contemplarlo.

Todas estas preocupaciones se tradujeron en una intuición en los días previos a la Navidad de 1223. ¿Por qué no una representación de lo sucedido en Belén? ¿Una catequesis



visual, plástica, atractiva sobre el nacimiento de Jesús, sobre aquellos primeros pastores, sobre la sagrada familia...

Al principio mis hermanos franciscanos me miraban asombrados y no muy convencidos. Tommaso Da Celano, uno de ellos comprendió la importancia de todo lo que acontecía en aquellos días de Navidad y tuvo la preocupación de ponerlo por escrito para que pudiera llegar hasta vosotros. Yo no me acuerdo del todo, pero él asegura que, en medio de aquellas discusiones, hice un momento de silencio para proclamar solemnemente: «Deseo celebrar la memoria del Niño que nació en Belén y quiero contemplar de alguna manera con mis ojos lo que sufrió en su invalidez de niño, cómo fue reclinado en el pesebre y cómo fue colocado sobre heno entre el buey y el asno».

De alguna forma conseguí convencerlos y en seguida alguno empezó a pensar en los disfraces ¡y no solo eso!, algunos de nuestros amigos de la zona, agricultores, pastores... se animaron con la propuesta, casi con menos miedos que mis hermanos. Alguno incluso sugirió la posibilidad de llevar una mula y un buey de verdad. No aparecían en la Biblia, pero hacía mucho tiempo que estaban arraigados en nuestras tradiciones.

Llegó el momento del niño Jesús... alguna madre ofrecía su bebé... pero era el hijo de Dios... y nos pareció algo irreverente, así que quedó en ser la única figura que no fuera humana. La señora Alticama, esposa del aristócrata Giovanni Velita, noble que gobernaba la zona de Greccio, en la región de Lazio, en el centro de Italia, se encargó de preparar una imagen de terracota cuando le llegó la noticia.



La verdad es que fue todo un éxito. Algunos aseguran que cuando cogí aquella figura entre mis brazos esta ¡cobró vida! Me parece que exageraban un poco, pero siguen contando esa tradición aún hoy. Incluso ¡que la paja de aquél pesebre parece que fue empleada como remedio para los dolores de las parturientas!

Los belenes llegaron a vuestros hogares en España de la mano del rey Carlos III. Yo no llegué a conocerlo, pero seguro que nos hubiéramos entendido muy bien. Él había sido rey anteriormente de Nápoles donde la tradición de los belenes estaba profundamente arraigada y donde la evolución de este arte hizo que se



entremezclaran las figuras y personajes de la antigüedad con los más contemporáneos y sus ropajes. Así, quedó establecida una cultural distinción entre los belenes tradicionales y los llamados napolitanos.

Desde entonces, los belenes son una tradición que no es solo cultura, sino que conserva la vocación de seguir transmitiendo la Palabra de Dios. En 2019, el papa Francisco quiso ofrecer un homenaje a aquél primer belén en Greccio, donde todo comenzó y firmó allí el decreto «Admirabile signum» con el que quiso ofrecer un agradecimiento a esta iniciativa de los belenes y alentar su práctica entre las familias.

Tampoco pude conocer a este Papa, pero le estoy muy agradecido por haber querido escoger mi nombre y, en cierto modo, nos entendemos muy bien y desde aquí procuré inspirarle en el texto de sus reflexiones.

En él nos invita a llenar de significado cada uno de sus elementos. Los ríos, montañas, cuevas y rincones que nos recuerdan que toda la creación es la que se prepara para acoger en su seno la venida de Dios; el contraste entre la oscuridad y la luz que no solo reproducen el ciclo del día y de la noche, sino que evocan nuestra propia existencia en el diálogo entre las luces y las sombras, los destellos y las oscuridades; la gruta que acoge el nacimiento del niño y que en no pocos belenes son más bien las ruinas de un antiguo palacio o construcción, y que parecen inspiradas en la *Leyenda aurea* del dominico Jacopo da Varazze quien, en el siglo XIII, recoge la leyenda pagana según la cual la caída de Roma sería ocasión del parto de una virgen y, así, en definitiva, plantear la esperanzadora paradoja de que el nacimiento de Cristo es capaz de restaurar todo lo incompleto de los proyectos humanos y de nuestras propias construcciones.

Todos los belenes, de una manera o de otra testimonian la cercanía de Dios para con los pobres. Lo expresan en la humildad del lugar del nacimiento, en los pastores que no faltan y nos recuerdan que los marginados, los empobrecidos fueron los primeros en recibir el mensaje y en dirigirse al encuentro con Dios. Dios continúa saliendo a su encuentro y en quienes se aproximan a sus circunstancias y sus luchas, les siguen esperando los ángeles para proclamar un mensaje de gloria.



En todos los belenes encontramos personajes afanados en sus tareas y rutinas. Señala el Papa que lejos de estar ajenos nos expresan a cada uno de nosotros y la manera en la que damos significado y hondura a nuestras vidas en las tareas cotidianas.

En todos los belenes hay una ausencia del niño en el pesebre hasta el día de Nochebuena. Expresamos con ello la necesidad de prepararnos para la recepción de la vida. Como unos padres disponen una casa, una habitación, su propia vida para acoger al recién nacido; como los estudiantes anticipan la importancia del examen con tardes de estudio y de trabajo que progresivamente moldean el corazón para el ejercicio profesional; como todo creyente prepara su interior al nacimiento de la vida con la lectura de la Palabra, el ejercicio de la caridad y desarrollando nuestra capacidad mística en la oración, el silencio y la eucaristía.

El Belén se completa con la figura de los magos que en toda casa tienen su itinerario y recorrido, que nos recuerdan la importancia de integrar el aspecto dinámico de nuestro crecimiento, de la vida y de la fe. Cada vez que movemos las figuras nos reconocemos a nosotros mismos en progreso, en un continuo avance.

Cada casa expresa el necesario discernimiento entre lo esencial y lo superfluo. Hay casas más grandes en las que cabe un espacio mayor para el belén familiar. Otras son más pequeñas y solo pueden habilitar un pequeño rincón. Entre ambas diferirán los escenarios, la cantidad de escenas, los distintos rincones y la longitud del río. Pero en ambos permanecerá lo esencial: el nacimiento, los pastores, los magos... Podrán variar las condiciones externas, pero no lo hará lo esencial que permanece.

El Belén no es un espectáculo, ni siquiera una obra de arte, es un proceso. La belleza se acumula con los días de preparativos, con el desembalaje de las cajas, con los tiempos compartidos con los nuestros para ir disponiendo las mesas, las montañas, el musgo, el río que siempre tiene filtraciones y las figuras, que se van disponiendo de manera que ponen palabra a nuestra forma de comprender la vida con un año más de experiencias, de fracasos, de desengaños y de logros... Cada año vivido nos capacita para para disponer con más sentido las escenas, los lugares y los personajes.





La preparación del Belén se ofrece como un itinerario de meditación y reflexión. Las horas en silencio o acompañadas por los villancicos de fondo generan un tiempo en el que tomamos conciencia del significado de la Navidad. Rememoramos en las circunstancias del nacimiento de Jesús y se nos ofrece la oportunidad de profundizar en su significado.

Las figuras del Belén nos permiten adentrarnos en el misterio de la Encarnación. Cada una de ellas nos aproxima a los oficios y trabajos cotidianos de aquella época. A personas sencillas con las que es imposible no identificarse.

En las distintas escenas nos sentimos reconocidos. Incluso identificados. Cada uno de los miembros de la casa tiene su figura preferida. Su personaje con el que es reconocible una especial vinculación.

El Belén, de esta manera, se convierte en una confesión de fe de toda la familia. Por eso no hay dos belenes iguales. Por eso cuando visitamos a nuestros amigos y vecinos durante estos días, nos detenemos ante el Belén. Mostrándolo se nos revelan, comunican lo más íntimo de sí, de sus sueños, de sus convicciones y esperanzas. Y, de esta forma, cuando mostramos nuestro Belén, expresamos nuestro deseo de establecer un vínculo con el visitante. El Belén se convierte en motivo para la comunión.

800 años después me sigue alegrando que siga teniendo sentido para tantas familias poner el belén en sus casas y que siga habiendo grupos de belenistas que quieran seguir transmitiendo a Dios a través de su trabajo. Y la mejor forma de darles las gracias es llenar de sentido la visita, que no sea solo de curiosidad y de admiración, sino que sea ocasión para la oración te ofrezco la que escribí para sintetizar mi fe y mi manera de sentir a Dios para que puedas recitarla contemplando al niño en brazos de san José bajo la mirada de la Virgen:



Santa María
madre de Dios

Oh, Señor, hazme un instrumento de tu paz.

Donde hay odio, que lleve yo el amor.

Donde haya ofensa, que lleve yo el perdón.

Donde haya discordia, que lleve yo la unión.

Donde haya duda, que lleve yo la fe.

Donde haya error, que lleve yo la verdad.

Donde haya desesperación, que lleve yo la alegría.

Donde haya tinieblas, que lleve yo la luz.

Oh, Maestro, haced que yo no busque tanto ser consolado, sino consolar;

ser comprendido, sino comprender; ser amado, como amar.

Porque es: dando, que se recibe;

perdonando, que se es perdonado;

muriendo, que se resucita a la vida eterna.